

Ernesto Galliano

Recuerdos de la vieja Biblioteca Nacional



INTENTO evocar en estos recuerdos mis impresiones de la vieja Biblioteca Nacional, es decir de la Biblioteca que alcancé a conocer en la calle Compañía esquina de Bandera, sitio en donde ahora se levanta el ala oriente del Palacio de los Tribunales de Justicia y que ella ocupó hasta 1926.

Era entonces director de la Biblioteca don Carlos Silva Cruz.

Tenía don Carlos una apariencia severa, no obstante sus modales finos y suaves. Pero la severidad exterior no lo penetraba, sólo quedaba en la superficie. Por dentro lo dominaba la bondad, acaso con exceso, lo cual en más de una oportunidad le causó perjuicios.

Hombre culto, de mentalidad moderna y progresista, desarrollada en viajes al extranjero, llevó don Carlos un espíritu nuevo a la Biblioteca, que todavía conservaba a la muerte de don Luis Montt severas normas de enclaustramiento.

Don Carlos abrió ampliamente sus puertas, acogió en ella todo movimiento e inquietud cultural afín a sus labores y llevó a trabajar en las tareas bibliotecarias a las mejores capacidades que halló disponibles. Fué él quien hizo ingresar a la Biblioteca Nacio-

nal a don Emilio Vaïsse (Omer Emeth), a don Ricardo Dávila Silva (Leo Par), a don Miguel Luis Rocuant y a muchos otros escritores.

Le cupo también innovar en aspectos materiales realmente increíbles. Hasta la llegada de don Carlos no se conocía en la Biblioteca el teléfono; y los almacenes de libros no tenían alumbrado eléctrico por el peligro de incendio que la electricidad significaba.

Pero la obra de don Carlos que vincula para siempre su nombre a la vida de la Biblioteca y lo hace grande es la construcción del nuevo edificio, que él obtuvo, mediante una ley especial promulgada el año 1913, en plena crisis económica y financiera del país, con inteligencia, voluntad y constancia admirables. Tarea ímproba en que debió convencer a cada parlamentario de la razón y necesidad de ese edificio.

Fué menester salvar muchos obstáculos y prejuicios, hoy día inconcebibles. Cuando se trató el proyecto de ley en el Congreso un senador —de los más connotados y figura patricia de su partido— expresó su extrañeza y protesta por que se fuera a construir un palacio, con la inversión de varios millones de pesos, para almacenar libros. Y no faltó otro parlamentario que, como solución del problema de la estrechez y de lo inadecuado del viejo edificio de la Biblioteca, propusiera encajonar los libros.

Mi mayor y mejor recuerdo se sitúa en la pieza del viejo edificio, contigua a la oficina del director y lugar de trabajo del subdirector, don Ramón Laval.

En esa pieza, donde se me ubicó desde el día de mi llegada, trabajaba también don Manuel Cruzat, que por aquellos tiempos tenía labores oficinescas de escritura a máquina y atendía el papeleo administrativo.

Los escritorios de don Ramón y del señor Cruzat ocupaban esquinas encontradas de la amplia sala. El de don Ramón, contiguo a la segunda gran ventana con vista a la plaza Montt-Varas, un mueble confortable y sólido, el mismo en actual servicio en la se-

cretaría del Consejo de Censura Cinematográfica. El del señor Cruzat, la hermosa mesa de caoba, con patas talladas que hoy sirve de escritorio al Conservador del Archivo Nacional.

No obstante la comunidad del sitio y la inexistencia de divisiones materiales, el rincón del señor Cruzat constituía una verdadera parcela independiente y separada dentro de la pieza, casi siempre solitaria, sólo poblada por la figura magra y ascética de su dueño, que no invitaba al diálogo y la conversación. Sin embargo, traspasando la costra superficial que lo alejaba de los demás y penetrando en su amistad y conocimiento, el señor Cruzat resultaba un hombre bondadoso y hasta cordial. Retraído por carácter, una afección crónica al estómago lo privó de las alegrías y placeres de la buena mesa y le dió un aspecto sombrío y misántropo.

Luego el señor Cruzat escaló funciones de jefe, tuvo a su cargo por mucho tiempo el Canje Internacional y finalmente la Sección Fondo General, cuya instalación y catalogación en el nuevo edificio le tocó hacer, realizando así una difícil, prolongada y utilísima obra.

La oficina de don Ramón, a la vez Subdirección y Secretaría, por su situación de verdadera antesala de la Dirección y por estar contigua al portal de entrada de la Biblioteca, era el sitio más concurrido por los empleados, por los amigos *habitués* de la Biblioteca y por toda persona que llegara a ella en demanda de audiencia o comunicación con las autoridades directivas.

Don Ramón oficiaba allí de dueño de casa. Era la tradición bibliotecaria desde los tiempos de don Luis Montt y manejaba en su memoria toda la historia y la constitución de la Biblioteca, que conocía en sus menores detalles. Pocas personas he encontrado en la vida de bondad igual a la suya, de simpatía tan acogedora. Tenía alma de niño. Era sencillo, alegre, dicharachero, de una gran modestia, a pesar de su saber, especialmente en el ramo de su predilección, el folklore, en el que alcanzó nombradía continental y hasta europea.

En la oficina de don Ramón se formaba después de almuerzo, casi a diario, una tertulia de lo más atrayente. Llegaban allí de visita don José Toribio Medina, don Julio Vicuña Cifuentes, el doctor Orrego Luco, don Miguel Varas Velásquez, don Enrique Matta Vial, don Alberto Edwards, Armando Donoso. Entre los de la casa concurrían don Emilio Vaïsse, don Miguel Luis Rocuant, don Tomás Thayer Ojeda, don Ricardo Dávila Silva.

Se hablaba en la tertulia de todo lo divino y lo humano, se comentaba el suceso de actualidad y se daban toda clase de noticias.

El más asiduo y puntual era don José Toribio Medina. Como habitualmente almorzaba muy temprano, a las 11 de la mañana, su llegada a la Biblioteca —que por esos tiempos funcionaba ininterrumpidamente desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde— era poco después de la una, cuando la oficina de don Ramón todavía estaba cerrada. Se le abría la oficina y él se instalaba en el escritorio de don Ramón a realizar de ordinario alguna tarea bibliográfica, para la cual se hacía llevar el material necesario. Muchas de sus obras de los últimos años fueron preparadas y aún hechas de ese modo.

Cuando yo llegaba a la una y media, frecuentemente me encontraba con don José Toribio Medina en pleno trabajo. Repetidas veces le serví de secretario y amanuense y le ayudé a corregir pruebas.

Luego aparecía don Ramón Laval y en seguida iban llegando los demás.

Don José Toribio era seco y cortante en el trato, pero tenía algo en su cara que lo hacía simpático. Desde un principio me acerqué a él con confianza y respeto y muy pronto me franqueó su amistad. Le gustaba mucho leer novelas entretenidas, que lo hacían descansar y le alivianaban el espíritu. Me acuerdo que le presté *La Casa de la Troya*, de Pérez Lugín, recién llegada, por entonces, a Santiago. Don José Toribio quedó prendado de esa novela, gra-

cias a la cual conquisté su gratitud y acaso, en buena parte, su amistad.

El más alegre, chispeante, cordial y conversador de los contertulios era don Julio Vicuña Cifuentes. Siempre llegaba ávido de noticias, y cuando no se las daban exclamaba: "Si no saben nada de nuevo, digan algo, aunque sea mentira". Su charla favorita giraba alrededor de lo femenino, que tanto lo cautivó toda la vida. "El día que yo me muera —repetía frecuentemente— todas las mujeres deberán llorarme, porque nadie las ha querido como yo en este mundo". Tuvo arrestos amatorios hasta en su vejez; y se le encendía la cara de picardía y de gozo al relatar algunas de sus aventuras, seguramente más imaginarias que reales en los últimos años.

Se reía mucho de la vieja, polvorienta y raída alfombra que cubría la oficina de don Ramón. "Aquí —decía— están todos los microbios. Si se les pasa lista ninguno dejará de contestar *presente*".

¡Qué admirable frescura de espíritu la de don Julio! Supo envejecer guardando a la vez un gran entusiasmo por la vida. Y fué una de las mentes más comprensivas y acogedoras para todas las inquietudes de la juventud de su tiempo, especialmente en el campo literario.

—Qué hace usted, don Julio, los días domingo por la tarde —le pregunté en cierta ocasión.

—Hago el papel de anciano honesto —me contestó—; recibo a mis nietecitos.

Contrastaba con don Julio la presencia, grave, misteriosa, del doctor Orrego Luco, que entraba con su andar lento, el cuerpo algo gibado, siempre de sobretodo y bufanda, aun en pleno verano. Impresionaba de inmediato, con su cara morena, muy arrugada, con ojos pequeños y profundos, como hundidos en las cuencas, que miraban fija e inquisitoriamente, a veces con cierto aire picaresco.

A pesar de su edad avanzada, el doctor Orrego Luco era

muy cuidadoso y atildado en el vestir. Nunca dejé de verlo con polainas blancas. A través de su voz opaca y de su hablar pausado decía siempre cosas interesantes que atraían la atención; y muy a menudo asomaba en sus expresiones una fina ironía con que sin malicia alcanzaba a alguno de los presentes. No creía en las aventuras que relataba don Julio. Las calificaba de jactanciosas. Le gustaba que lo escucharan y hacía largos silencios en la conversación, como para percibir él también, arrobado, el eco de sus palabras.

Recuerdo otra estampa severa, la del Arzobispo don Crescente Errázuriz. Solía aparecer de tarde en tarde, cuando había sesión de la Academia Chilena, que se reunía en una gran sala contigua a la oficina de la dirección. Entraba hierático, imponente en su vestimenta episcopal, con gesto aristocrático, poco atrayente. Por eso nunca me acerqué al señor Errázuriz, al que sólo conocí y miraba de lejos.

Otro de los buenos y amables contertulios que frecuentaban la oficina de don Ramón eran don Enrique Matta Vial, don Miguel Varas Velásquez, don Samuel Ossa Borne.

Don Enrique Matta siempre llegaba a la Biblioteca tras algún dato histórico. Se hacía traer a la oficina diarios antiguos y los revisaba prolija y pausadamente. Sus consultas eran muy largas porque no sólo se detenía en el objeto de su búsqueda, sino en todo lo que despertaba su atención. Imponía la figura de don Enrique Matta, por la sencillez de sus modales, su generosidad, la bondad que emanaba de todos sus actos, por la seguridad y acierto de sus juicios.

Don Miguel Varas era el tesorero de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y con este motivo menudeaba sus visitas a don Ramón. Hombre simpático y llano, de picardía en sus expresiones bromistas o burlonas, sobre todo cuando llegaba después de un copioso y bien regado almuerzo en el Club de la Unión.

Todo ese escogido grupo de hombres ilustres concurría también a la tertulia de mediodía o de la tarde en la librería Miranda,

ubicada al frente de la Biblioteca. Don Emilio llamaba a esa tertulia el Club de las Tres Sillas porque en él no había más donde sentarse.

Debo a la Biblioteca dos de las más grandes amistades que me han honrado y acompañado toda la vida. Allí conocí a don Emilio Vaïsse y a don Ricardo Dávila Silva, allí pude acercarme a ellos y, a través del tiempo, conquistar el aprecio y llegar a ser amigo, en el más legítimo y amplio sentido de la palabra, de estas dos figuras eminentes de la cultura chilena.

Don Emilio era entonces Jefe de la Sección Informaciones, que después del retiro de don Emilio no ha sido posible restablecer no obstante su necesidad y los intentos hechos.

Nadie más indicado que don Emilio para realizar la labor orientadora del público, a menudo necesitado de alguien que lo guíe en el dedálo de una investigación bibliográfica, en la pesquisa de un dato o en la formación de un plan ordenado de estudio y conocimiento sobre cualquiera materia.

Para mí, después de don Andrés Bello, es don Emilio Vaïsse uno de los hombres de más amplio saber que han pasado por este país. Lo mucho que sabía lo sabía cabalmente, asimilado a fondo, libre de improvisación o superficialidad. Y a su gran saber unía una claridad de inteligencia, una vivacidad de espíritu, un juicio certero, un sentido humano, un buen humor, que lo hacían mucho más atrayente y útil.

En la Biblioteca realizó, como es de suponer, una labor de extraordinario valor. A la tarea diaria y de cada momento de absolver consultas, de orientar estudios y hasta de despertar vocaciones, agregó don Emilio dos obras importantísimas que, por desgracia, debido a diversas circunstancias, todas ajenas a su voluntad, no pudo continuar ni después han sido continuadas: la "Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera" y la "Bibliografía General de Chile".

Don Emilio tenía porte y actitud marciales. Era de estatura

mediana, un poco grueso de cuerpo y lucía una de las cabezas más hermosas por lo perfecto de las proporciones y la nobleza de los rasgos, de cabellera blanca y sedosa, con ojos grandes y brillantes de fuerte mirada.

Sobrio en gestos y palabras —sentía horror por lo desmedido y exagerado— podía aparecer a veces, algo frío. Sin embargo, las grandes causas lo apasionaban, y ante el atropello, la mentira, la traición, la cobardía, estallaba en santas indignaciones. Entonces era imponente, implacable para atacar y fustigar.

Sin perjuicio de su hábito y estado sacerdotales, que honró a lo largo de su dilatada y variada existencia, mantuvo siempre actitudes valientes, decididas, viriles.

Como amigo era extraordinario y tenía la corriente afectiva más pura y caudalosa que yo he conocido.

Veo a don Emilio sentado en su escritorio de la Sección Informaciones, que funcionaba en el segundo piso de la vieja casa. Al fondo de la gran pieza había una división de madera y detrás de ella, en espacio reducido, estaba la mesa de trabajo de don Emilio, atiborrada de libros y ficheros, en aparente desorden, con una lamparilla eléctrica, que él se había ingeniado de colocar de cierta manera, y un pequeño pupitre sobre el cual escribía. Allí se sentaba, se ponía un gorrito negro en la cabeza y, fumando cigarrillos que él mismo liaba con verdadero virtuosismo, se pasaba las horas haciendo fichas, estudiando, escribiendo, evacuando consultas.

Al término de la primera guerra mundial puso don Emilio en su escritorio, pegado en la pared, un gran retrato de la cabeza de Clemenceau dibujada al pastel. Don Emilio, católico de la más estricta ortodoxia, a pesar de sus aparentes herejías —por lo cual decía al obispo Edwards, que don Emilio era como las cabras, pues andaba al borde del precipicio y nunca se caía— e intransigente en materias esenciales de fe, rendía admiración y gratitud a Clemenceau, el viejo jacobino y masón, que supo salvar a Francia en uno de los momentos más graves de su historia.

En los últimos años, anteriores al traslado de la Biblioteca a su nuevo edificio, tomé la costumbre de ir todas las tardes a juntarme con don Emilio en su escritorio, poco antes de terminar el trabajo. Salíamos luego, generalmente, en dirección a "El Mercurio". Los días viernes en que él hacía su artículo de crítica semanal, me daba a leer las cuartillas escritas de su puño y letra, a lápiz; y así escuchando la lectura, solía a veces, no muchas, encontrar algo que corregir.

Por mala suerte falté un día a esa costumbre, tan grata para mí, precisamente cuando don Emilio, con motivo del comentario a una crítica suya a la novela *Desarraigados*, de Augusto Millán, aludió a una conocida familia santiaguina, con todos sus pelos y señales. Don Emilio creyó que se trataba de nombres supuestos —error que yo le hubiera advertido oportunamente— y al aparecer su artículo se produjo tal alboroto, se formó un escándalo tan grande, que el pobre don Emilio tuvo que sufrir uno de los períodos más amargos de su vida, y hasta repeler enérgicamente intentos de agresión personal.

Acompañaron por largo tiempo a don Emilio dos excelentes colaboradores: Julio Arriagada Herrera y Benjamín Oviedo Martínez.

A don Ricardo Dávila Silva —el sabio helenista, el gran estudioso de la exégesis bíblica, el autor del libro *Jesús*, obra admirable de crítica y erudición que, a la vez es una de las defensas más valiosas por provenir de un racionalista, de la autenticidad y veracidad de las fuentes históricas del cristianismo— lo conocí como jefe de la Sección Bibliografía de la Biblioteca.

La oficina de don Ricardo estaba en un entresuelo, oscuro, frío, estrecho, al que se entraba por el almacén de libros del Salón Central de Lectura. Allí realizó don Ricardo, durante dieciséis años, su magna tarea, la catalogación decimal de las colecciones de la Biblioteca. Trabajaba con una constancia y regularidad cronométricas. Llegaba a las 8 de la mañana, cuando la Biblioteca estaba ce-

rrada para el público, salía a las 12, a almorzar, volvía a las 2 y terminaba su jornada a las 5 de la tarde. Y el 31 de diciembre de cada año, infaliblemente, antes de retirarse entregaba en la Dirección la memoria anual del trabajo realizado; miles y miles de fichas de catalogación confeccionadas según el sistema decimal, con una competencia, exactitud y cuidado ejemplares.

Eficaz y activo colaborador de don Ricardo fué don Luis Mayorga Uribe, quien años después llegó a Jefe de la Sección Diarios y Periódicos Chilenos y la puso en el perfecto orden que hoy permite el regular funcionamiento de sus importantes servicios.

Alcancé a conocer al sacerdote don Juan Salas Errázuriz, que tenía la jefatura de la Sección Fondo General.

Don Juan Salas fué un latinista de fuste, conocía además el griego a la perfección, como que es el autor de la mejor traducción directa de Esquilo al castellano, según lo decía don Miguel de Unamuno.

Don Juan Salas donó en vida a la Biblioteca una joya, tal vez el más valioso incunable que se exhibe en el Museo Bibliográfico, la primera traducción española de las *Vidas paralelas*, de Plutarco, editada en Sevilla, el año 1491.

Por esos años el señor Salas estaba ya bastante viejo y con sus capacidades muy reducidas por la edad y los achaques. En la Biblioteca leía y a veces escribía y hasta solía quedarse dormido. Así lo encontraron cierto día, con la pluma clavada en el papel, en actitud tan inmóvil, que se creyó que estaba muerto.

Poco antes de su fallecimiento, don Juan Salas testó. Fuí testigo de su testamento. El haber hereditario era modesto y me conmovió la lectura de una de las cláusulas en que nombraba a su madre y disponía que para el día de aniversario de ella, la institución beneficiaria, un colegio religioso, debía repartir dulces y golosinas a las alumnas. Rasgo de ternura filial inesperada a juzgar por la apariencia de hombre insensible que tenía el señor Salas.

La Sección Canje y Adquisiciones la presidía como Jefe don

Miguel Luis Rocuant, con su elegante, pulcra y esbelta figura. Eran sus ayudantes Fernando Santiván y Mariano Latorre. Antes había trabajado con él también Benjamín Cohen. Su oficina fué centro de atracción y lugar de tertulia casi permanente para hombres de letras y jóvenes literatos.

Parece que Santiván y Cohen no se llevaban muy bien por las travesuras y picardías de Cohen y el carácter irritable y violento de Santiván. En cierta ocasión las cosas pasaron de castaño a oscuro y Santiván le pegó a Cohen. Cohen llevó su queja ante el Director, lo que no amainó las iras de Santiván, quien en presencia de don Carlos Silva Cruz conminó a Cohen con las más serias amenazas. Cauto y atemorizado, Cohen no volvió a provocarlo.

Latorre, más ocupado de la literatura y de sus clases, no fué precisamente modelo de funcionario. Tomó el puesto de la Biblioteca como un apacible y cómodo lugar para escribir, estudiar y recibir a sus amigos, actitud no sólo de él sino también de algunos otros.

Se le solicitó una vez el dato preciso del número de publicaciones existentes en la Sección Canje. Tranquilo y despreocupado, salió de la oficina, echó una rápida mirada alrededor del segundo piso del salón de lectura, que quedaba descubierto y en el cual se hallaban los depósitos de la sección, y contestó sin vacilar: ochenta mil volúmenes.

Poco después de mi llegada se retiró de la Biblioteca don Miguel Luis Rocuant para iniciar en el Ministerio de Relaciones Exteriores la brillante carrera diplomática que desarrolló en los años siguientes. Interrumpí así la frecuencia de su trato y amistad, para mí muy cordiales y gratos.

Otro excelente amigo que debo a la Biblioteca Nacional es Enrique Aldunate Larraín. Lo conocí cuando él tenía a su cargo el depósito de obras de la Ley de Propiedad Literaria y Artística del año 1834.

Su oficina, instalada primero en un rincón del Salón de Lec-

tura, con separación de madera y después en la pieza que dejó al irse don Miguel Luis Rocuant, fué siempre lo más moderno, confortable y ordenado de la Biblioteca. Cuanto instrumento, artefacto u objeto de escritorio llegaba como novedad al comercio de Santiago, Enrique lo adquiría de inmediato para su oficina. Ese mismo orden y cuidado lo ponía él en su trabajo, modelo de corrección y exactitud.

Al lado de Enrique Aldunate, primero, y después en la Sección Canje, junto a Latorre, trabajó por un tiempo en la vieja Biblioteca, Eugenio Orrego Vicuña, mi antiguo amigo y compañero del Instituto Nacional, donde ambos hicimos los estudios de preparatorias y humanidades. Eugenio, que desde el Instituto, manifestó condiciones de escritor, heredadas de su padre y de su abuelo, halló en la Biblioteca el ambiente ideal para dedicarse de lleno a las letras.

Recuerdo especialmente a Augusto Eyquem, cuya buena amistad, desde esos tiempos, siempre me ha acompañado.

El caso de Eyquem merece ser citado.

Después de terminar sus estudios en el Instituto Pedagógico y obtener el título de profesor de inglés, ingresó a la planta de la Biblioteca por concurso al que se opusieron más de 20 candidatos. El concurso consistió en un riguroso examen de literatura general, idiomas, biblioteconomía, clasificación decimal y cultura general, ante una comisión compuesta por el director, don Carlos Silva Cruz, y por don Emilio Vaïsse y don Ricardo Dávila; Eyquem rindió brillantemente ese examen y obtuvo el primer lugar con el más alto puntaje.

Luego partió a los Estados Unidos por su cuenta, sin gravamen fiscal alguno, con el propósito de seguir estudiando en las universidades norteamericanas. Permaneció allí algunos años, durante los cuales fué alumno y se graduó en la Universidad de Columbia y trabajó en la Biblioteca Pública de Nueva York.

A su regreso y no obstante la retención del cargo reconocida en un decreto expreso, encontró su puesto ocupado por otro.

Hubo un caso más de provisión de vacante por concurso y examen. Los únicos dos producidos en esta forma a lo largo de toda la vida de la Biblioteca. Es el caso de Mariíta Silva Portales, actual funcionaria de la Dirección General. Ella también obtuvo el primer puesto después de someterse a un difícil examen oral sobre las mismas materias y ante los mismos examinadores. No fué, por cierto, nombrada. La desplazó el empeño del Gobierno en favor de otro concursante que resultó en un lugar inferior. Poco tiempo después, como compensación, por esa notoria injusticia, se le dió el cargo de secretaria del recién creado Consejo de Censura Cinematográfica y sólo al cabo de muchos años después logró ser nombrada en la planta de la Biblioteca.

Conocí el Salón de Lectura del viejo edificio en su época de decadencia, con la pintura, mobiliario y pisos, que un tiempo fueron magníficos, ya gastados y semidestruídos.

El deterioro llegó a términos tales que en los días de lluvia, allí caía el agua como en la calle. Pero esto no siempre desalentaba a los lectores; y había algunos tan decididos que se instalaban tranquilamente en medio de las innúmeras goteras, abriendo el paraguas para no mojarse.

El Salón de Lectura servía de Salón de Actos para conferencias y sesiones solemnes, ya sea de la Academia Chilena o de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, también muy ligada a la Biblioteca. Fué don Ramón Laval por muchos años Secretario de la Sociedad y Director de su revista.

Muchas figuras célebres actuaron allí. Pueden recordarse los nombres de Menéndez Pidal, Theodore Roosevelt, Blasco Ibáñez, Enrico Ferri, Leo S. Rowe, Eduardo Marquina, Nercasseau y Morán, María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, el conde de Montessus de Ballore, Ernesto Shackleton, Belisario Roldán, entre los extranjeros. Entre los chilenos los de Juan Agustín Barriga, Al-

berto Edwards, José Toribio Medina, Augusto Orrego Luco, Paulino Alfonso, Enrique Molina, Armando Donoso, Carlos Silva Vildósola, Humberto Allende y de tantos otros que sería largo enumerar. Varias veces ocupó su tribuna el pintoresco y entonces muy bullado Marqués de Dos Fuentes, quien logró mucha nombradía en el público por sus innegables dotes de agradable y ameno conferenciante y luego fué puesto en su lugar por Enrique Sanfuentes Correa, don Ricardo Dávila Silva y don Emilio Vaïsse cuando se lanzó a hacer atrevidas y despampanantes afirmaciones sobre la nacionalidad de Cristóbal Colón.

En una de esas sesiones en que se leía un largo y aburrido trabajo, don Emilio Vaïsse y don Julio Vicuña, allí presentes, decidieron no escuchar al conferenciante y se pusieron a conversar en voz baja. De la conversación pasaron a los cuentos, algunos subidos de color, y tanto se olvidaron del sitio y los circunstantes que una estrepitosa carcajada de don Emilio rubricó el desenlace del cuento del Paco de Talagante. El conferenciante interrumpió por largo rato su disertación y todas las miradas se volvieron sorprendidas y algo escandalizadas hacia don Julio y don Emilio.

En el Salón de Lectura también se realizaron conciertos de música.

Al principio esto produjo estupor, pues no se concebía que en la Biblioteca pudiera hacerse lo propio de teatros y salas de espectáculos.

Cuando se introdujo por primera vez un piano de cola en el Salón de Lectura esto fué motivo de escándalo para muchos; les parecía una profanación.

Don Carlos Silva Cruz pensó todo lo contrario basado en la práctica de las bibliotecas norteamericanas e impuso su criterio, que luego fué compartido por todos.

Recuerdo la estampa amable y bondadosa de don Angel Castro Pastene, por entonces Jefe del Salón de Lectura. Entre el personal a sus órdenes había algunos tipos curiosos y hasta grotescos.

Uno de ellos, hombre de edad, alto, de espléndida figura, era el portaestandarte de los veteranos del 79 en todos los desfiles y actos patrióticos. Pero su ignorancia estaba reñida con todo trabajo útil. El lo sabía muy bien y no se esforzaba por servir. Era una gran figura decorativa y ésta la ofrecía como espectáculo a los lectores. Se colocaba rígido detrás del mesón y si alguien le pedía un libro llamaba al empleado más cercano y le decía con muy buen modo: "Compañero, tenga la bondad de atender a este caballero". Y volvía a su actitud hierática y espectacular.

Otro estaba siempre oculto del público, entregado a su ocupación favorita, la lectura de libros sobre patología sexual, materia en la que se hizo erudito.

Algunos años estuvo allí Félix Rocuant Hidalgo, que vino a parar a la Biblioteca, ya cansado y enfermo después de una agitada vida de bohemia periodística. Era el eterno remiso de la asistencia y del cumplimiento de los horarios. Muy a menudo debía comparecer a la oficina de la Dirección para escuchar terribles reprimendas, que recibía con cara imperturbable, mascullando una frase única, totalmente desacreditada: "No se volverá a repetir; no se volverá a repetir". En sus años mozos tal vez tuvo buena voz de tenor. Pues a las 5 de la tarde, cuando se cerraba la Biblioteca y quedaba el salón vacío, le sobrevenían arranques líricos y se ponía a cantar, dando a menudo sonoros gallos.

Figura habitual y simpática del Salón de Lectura era el portero Manuel Valenzuela —el Cojo Valenzuela como todos le llamábamos— que, con sólo una pierna y su muleta, se instalaba sobre una levantada tarima puesta detrás de la mampara de acceso y desde allí vigilaba a los lectores y mantenía el control de entrada y salida de todos ellos.

Años después, en el nuevo edificio, tuvo un fin trágico. Pesares y quebrantos lo indujeron a suicidarse, lanzándose desde la terraza del cuarto piso a la calle.

Entre ese personal de empleados, poco adecuado naturalmen-

te para las tareas bibliotecarias, se daban ejemplares inconcebibles.

Todavía circula por las calles de Santiago, un hombre viejo, flaco, algo derrengado, pero hasta ahora triunfante vencedor del tiempo. Se cuenta de él una anécdota reveladora de su ignorancia e inconciencia.

Trabajaba en la Sección Lectura a Domicilio y era muy intruso. Si los lectores no se dirigían a él, él les buscaba tema de conversación. Cierta día no hallando la manera de atraer el trato de un lector, lo interpeló, preguntándole:

—Dígame, señor, ¿no ha leído usted las obras de Lord Byron?

Y pronunció este nombre fonéticamente, acentuándolo en la última sílaba.

Al oírlo, el Jefe, que se hallaba cerca, le rectificó la pronunciación.

Pero el empleado muy convencido y digno le replicó:

—Yo no estoy obligado a saber francés.

Otro llegó a ser Jefe de Sección, habiendo comenzado de portaviandas del almuerzo que, desde un restaurante próximo enviaban a algunos empleados. Luego entró a la planta como mozo, después fué empleado y escalando por la vía de los ascensos, a base de pura antigüedad, remató en el grado máximo de Jefe. Todos lo trataban, lógicamente, con la máxima familiaridad y lo tuteaban. Cuando llegó a Jefe él les prohibió el tuteo.

La vida de algunos empleados de este jaez, fuera de la Biblioteca, discurría en sitios alegres, *non sanctos* y de muy baja estofa. Las consecuencias no se hacían esperar y hubo quienes por este camino llegaron a adquirir cierta autoridad en materia de enfermedades venéreas. Un día discutían el tema dos de ellos y el argumento definitivo fué el de aquel que había enfermado el mayor número de veces.

Se daba, pues, en la Biblioteca un contraste curioso. Al lado de las eminencias, estaban individuos desprovistos totalmente de

idoneidad para trabajar en las labores intelectuales más modestas.

Me quedan nombres importantes que recordar.

En primer término don Tomás Thayer Ojeda, que era Jefe de la Sección de Manuscritos y Medallas y es figura ilustre de las letras y de la historiografía chilenas. No tuve oportunidad de acercarme mucho por ese entonces a don Tomás. Su amistad la adquirí en los años posteriores, en el nuevo edificio, principalmente cuando don Tomás ocupó la Dirección de la Biblioteca.

También don Agustín Palma Riesco, que conocí como Jefe de la Sección Americana y fué, puede decirse, el formador de esa Sección. Don Agustín sucedió a don Ramón Laval en la Subdirección de la Biblioteca, cuando jubiló don Ramón.

Don Rafael Larraín, Jefe de la Sección Lectura a Domicilio, ejemplo de funcionario, honorable y trabajador. Le secundaba allí muy eficazmente Jorge de la Cuadra Gormaz.

En esa Sección trabajó, pero no mucho tiempo, el poeta Daniel de la Vega.

El Jefe de la Sección Chilena, don Enrique Blanchard-Chessi, gran conocedor de la bibliografía nacional, pero poco ordenado y organizado en su trabajo. El era un catálogo viviente. Mas, cuando no estaba, surgían serios problemas para dar con ciertos libros.

Don Luis Cumplido, Jefe de la Sección Darios y Periódicos chilenos y habilitado pagador, secundado allí por Agustín Guzmán, el soldado más constante y firme, que hasta ahora ha tenido en su servicio la Biblioteca, cumplidor de un jornada que casi alcanzó el medio siglo.

Y, *last, but not least* —como acostumbraba decir don Emilio en sus artículos— dos amigos que recuerdo cariñosamente y que conocí a muchos empleados de la Biblioteca Nacional, Darío Izquierdo Prieto y César Silva Muñoz.

Darío Izquierdo era el segundo de la Sección Americana. Ingenioso, agudo, nos entretenía con sus ocurrencias e imitaciones, que realizaba admirablemente.

César Silva —el peladito Silva— hombre extraordinario por la capacidad de su inteligencia, perdido en la abulia o más bien en la indiferencia que dominó toda su vida. Escribía como pocos, con elegancia y en castellano de forma y pureza perfectos. Cuando estaba de humor era una fiesta oírlo disertar sobre cualquier tema, por la sutileza y precisión de su raciocinio. Pasó por la vida sin dejar ningún rastro. Si hubiera trabajado con un poco de esa vanidad y voluntad de surgir que han hecho muchos nombres literarios, el suyo se reconocería, sin duda, como el de uno de los mejores escritores chilenos.

Finalmente, dos buenos amigos que después trabajaron en la Biblioteca y que por entonces frecuentaban el viejo edificio como estudiosos y amantes de los libros.

Augusto Iglesias, Director hasta hace poco, por esos años recién llegado de Antofagasta a Santiago, dispuesto a abrirse paso y formarse una situación que con el tiempo logró totalmente. Augusto era muy amigo de don Ramón Laval y de don Emilio, de quien fué, en ciertos aspectos, su discípulo; y así muy a menudo aparecía por la Biblioteca. Allí iniciamos una amistad que el tiempo ha fortalecido.

Guillermo Feliú Cruz, el amigo y discípulo de don Enrique Matta Vial, quien estimuló su vocación histórica y su amor por el pasado chileno. Feliú hacía sus primeras armas de escritor, publicando artículos en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", cuyos originales revisaba cuidadosamente don Ramón Laval, también gran amigo suyo.

En esos años Guillermo, tal vez impresionado por la vestimenta del doctor Orrego Luco, usaba polainas blancas, unos anteojos de carey muy elegantes con larga cinta de seda y se firmaba a la manera española, Guillermo Feliú y Cruz. Confieso que esas exterioridades, agregadas a ciertas estridencias de su carácter —meras acideces que los años le borrarón por completo— me alejaron de él en un principio. Pero luego nos entendimos y hemos hecho juntos

una larga jornada, desde su ingreso a la Biblioteca el año 1925, y nuestra amistad no ha tenido cambios ni quebrantos.

No puedo dejar de mencionar al maestro encuadernador Abraham Contreras, que ha llegado a ser un artista de las bellas pastas de libros y ha colocado su oficio entre nosotros a la altura de los mejores encuadernadores europeos.

Lo conocí siendo un niño, como aprendiz principiante del entonces jefe del taller, el maestro Andrés Acosta. Pronto llegó a reemplazarlo y así trabajó durante años. Nunca debió alejarse de la Biblioteca en donde se formó y realizó una labor utilísima.

En estas evocaciones de la vieja Biblioteca Nacional ponen una nota nostálgica en mi espíritu, que se apena al recordar a los grandes y nobles amigos desaparecidos, los buenos tiempos gozados en su compañía, todo el pasado que no vuelve y con el cual ha muerto parte de nuestra vida.